

Un grito de triunfo

Enseñanza del boletín semanal del 25 de marzo del 2011
Traducida por Juany Muñoz de Harbert

En esta tercera declaración de la cruz, encontramos a Jesús hablándole a Dios, para beneficio de todos a su alrededor, en la medida en que intentaba traer respuestas de la Palabra de Dios.

Mateo 27:46:

Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: *Eli, Eli, ¿lama sabactani?* Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

¿Podría esto alguna vez haber pasado? ¿Habría Dios abandonado a Jesús? ¿No mantendría Dios su promesa a su único hijo? Moisés le dijo al pueblo de Dios en Deuteronomio 4:31 "porque Dios misericordioso es Jehová tu Dios; no te dejará..." Lo estableció en Deuteronomio 31:6 cuando dijo: "Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis, ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desamparará". Samuel también prometió al pueblo de Dios en 1 Samuel 12:22 que "Pues Jehová no desamparará a su pueblo, por su grande nombre; porque Jehová ha querido haceros pueblo suyo". Dios le prometió a Josué en Josué 1:5 que "estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé". Él también le prometió a Salomón en 1 Reyes 6:13 que iba a habitar entre los hijos de Israel, y que no dejaría a su pueblo. Ciertamente estas eran promesas con las que Jesús podía contar. Dios no lo abandonaría. Jesús afirmó con confianza que Dios no lo abandonaría, sino que se quedaría con él.

Juan 16:32:

He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos [Jesús le está hablando a sus apóstoles] cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo.

Jesús estaba hablando acerca del momento de su crucifixión y muerte, y dijo: "el Padre está conmigo". Aunque Jesús sabía que todos los demás lo abandonarían, tuvo consuelo en saber que su Padre celestial estaría con él. Él sabía que Dios siempre había estado con él, ¿por qué le abandonaría Dios en este momento crucial? (Ver también Juan 6:38; 8:29; 10:30 y 2 Corintios 5:19)

Mateo 27:46 contradice el resto de la Palabra en este tema. Dios no abandonó a Jesús. Él estaba en él reconciliando al mundo consigo mismo. Jesús sabía cuál era la voluntad de su padre, y estaba determinado a cumplirla. Él estaba llevando a cabo el propósito de su Padre, y Dios estuvo con él a lo largo de esta horrenda experiencia.

La gente enseña que Jesús se hizo pecado, y que Dios no puede soportar el pecado. Por lo tanto, tuvo que abandonar a su hijo en su hora de necesidad. Si Dios abandonó a Jesucristo a causa del pecado ¿qué posibilidad tenemos usted y yo? ¿Cómo podríamos alguna vez creer Hebreos 13:5 donde dice: "No te desampararé, ni te dejaré" si—de hecho—hubiera abandonado a Jesús en algún momento? El recordar las otras Escrituras claras, que no están en armonía con ésta, nos detiene de dividir incorrectamente esta Escritura.

La dificultad de Mateo 26:47 es debido a un error en la traducción. "Abandonado" es la opción equivocada para la traducción de este versículo. La palabra griega traducida como "abandonado": *enkataleipō* puede significar "dejar" en el sentido de abandono, deserción o renuncia; o "dejar" en el sentido de guardar al pasar por alto o permitir que se quede. El contexto determina el significado. Encontramos los mismos dos usos cuando trabajamos la palabra aramea para abandonar (*sebaq*) y la palabra hebrea (*azab*) que se encuentran en el Salmo 22:1.

Salmo 22:1:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me **has desamparado**(Azab)?...

Jesús clamó a gran voz para que la gente pudiera escuchar. Él utilizó una pregunta retórica para hacer que los que le rodeaban pensarán. Citó Salmos 22:1 para dirigir sus pensamientos a la Escritura apropiada, para que pudieran darse cuenta de lo que estaba pasando ante sus ojos.

Mientras Jesús estaba colgado en la cruz encontró fuerzas en el Salmo 22. Jesús entendió que muchas de las declaraciones de este Salmo hablaban proféticamente de él. Su "grito de triunfo", mostró su reconocimiento de que él estaba cumpliendo con esta Palabra de Dios, cuando entregaba su vida. El versículo 8 tiene las palabras exactas que los líderes religiosos le arrojaron a Jesús al pasar por la cruz.

Salmo 22:8:

Se encomendó a Jehová; líbrele él; Sálvele, puesto que en él se complacía. [Esto es lo mismo que en Mateo 27:43.]

En el versículo 15, el salmista describe la sequedad de la boca diciendo: " Y mi lengua se pegó a mi paladar, Y me has puesto en el polvo de la muerte". Las siguientes palabras de Jesús después de este "grito de triunfo" fueron: "Tengo sed". Se había negado al ofrecimiento de otras bebidas ese día, pero pidió éste. El versículo 16 dice: "Horadaron mis manos y mis pies". Esto fue literalmente cierto para Jesús ese día. El versículo 18 citado en Mateo 27:35 es en referencia a los soldados que estaban apostando a sus ropas, después de haber sido crucificado.

Salmo 22:18:

Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes.

En la versión Reina Valera, las palabras finales de Salmo 22:31 son: "que él hizo esto". Las palabras hebreas usadas aquí pueden ser traducidas como: "Hecho está" o "Terminado está". Esta es la sexta declaración desde la cruz. La salvación y la redención estaban cumplidas. ¿Con qué propósito se le guardó? Para terminar la obra que Dios lo mandó a hacer: a morir por toda la humanidad, a ser el cordero de Pascua.

Por lo tanto, si Dios hubiera abandonado a Su hijo unigénito en ese momento, contradeciría no sólo la naturaleza amorosa de Dios, sino también muchas otras Escrituras. La pregunta de la cruz no fue: "Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?". Más bien fue: "Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has guardado?" O: "Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has dejado aquí?"

Jesús clamó "a gran voz". Había mucha intensidad en su voz y habló con gran esfuerzo. No porque él quería que Dios le dijera el propósito de porqué lo salvó y le permitió permanecer en la cruz; sino más bien para que aquellos que estaban allí, creyeran que Dios le había enviado y que él estaba cumpliendo la Palabra de Dios, al estar colgado en la cruz.

Jesús utilizó con frecuencia *preguntas retóricas*, para animar a la gente a pensar y considerar las cosas en profundidad. Jesús no estaba buscando información. Sin embargo, no sólo fue este grito una *pregunta retórica*, sino también fue un *gnomo*, una cita del Antiguo Testamento. Como un *gnomo*, dirigió el pensamiento de ellos a la Palabra de Dios correspondiente, que les permitiría llegar a la conclusión correcta. Sin duda, este "grito de triunfo" traería a su memoria este familiar Salmo. Entonces verían que la burla de los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos había sido predicha por Dios. En lugar de causar duda, esta burla les debería haber ayudado a darse cuenta de que esto fue ocurriendo en cumplimiento de la Palabra de Dios. El repartimiento de las prendas y el sorteo de su vestidura, documentó aún más la verdad de que él era el Mesías. La combinación de estas dos figuras literarias fue la más enfática presentación de la verdad: "¡Por esta causa o propósito, había llegado él a esta hora!"

Era cerca de la hora novena, las tres de la tarde, cuando Jesús pronunció estas palabras desde la cruz: "*Eli, Eli, lama sabactani*". En ese momento Jesús había pasado por casi cuarenta horas de interrogatorio, burlas, golpes y sufrimiento; sin siquiera murmurar una queja. ¿Por qué iba a acusar a Dios ahora? Él no lo hizo. El suyo no fue un grito de desesperación que implicara a Dios como un Padre irresponsable e indiferente. Más bien, se trataba de un grito de triunfo. Esto era la culminación de su propósito y la consumación de la obra que el Padre le había dado para que hiciera. Jesús sabía que él estaba "bebiendo la copa" que su Padre había preparado para él. Sabía que estaba haciendo la voluntad de su Padre, al morir como el cordero de Pascua.

Jesús soportó esta agonía y sufrimiento para cumplir la Palabra de Dios. Él tomó nuestro lugar. Él fue nuestro sustituto por el pecado. Él pagó el precio de su sangre inocente para redimirlo a usted y a mí. No fue la cuerda atada alrededor de su estómago o los clavos en sus manos y pies lo que lo mantuvo en esa cruz. Más bien, fue su inflexible e incansable amor por su Padre y Su Palabra. Él se deleitaba en hacer la voluntad de Dios, y por el gozo puesto delante de él, soportó la cruz, menospreciando el oprobio. Él podría haberse librado de la cruz, si hubiera querido, con doce legiones de ángeles que estaban a sus órdenes.

¿Por qué Jesús se mantuvo colgado en la cruz? Fue porque él nos amó. Ellos no tomaron su vida ese día. Él nos amó tanto, que se entregó a sí mismo por nosotros. A través de cada momento de esta muerte agonizante Dios estuvo con él, proporcionándole fuerza y consuelo. ¿Cuál fue el gozo puesto delante de él? Él sabía que estaba cumpliendo con el plan de salvación de su Padre, que pagaría el precio por el pecado de toda la humanidad.

Jesús conocía su propósito, y la culminación y consumación de los asuntos de su Padre. Podría haber dicho literalmente: "Para este propósito me guardaste", "Por esto llegué a esta hora". Pero, porque quería que aquellos presentes también vieran su triunfo desde la Palabra, puso esta declaración en forma de pregunta; lo que trajo la mente de las personas presentes de vuelta a la maravillosa Palabra de Dios, que citó del Salmo 22. Él sabía que la agonía que padecía era el cumplimiento de las Escrituras, y quería a los presentes lo vieran también, y entendieran lo que estaba ocurriendo ante sus ojos.

El grito de Jesús no implicó a Dios como un Padre irresponsable e indiferente. Por el contrario, declaró la fidelidad de Jesucristo al plan de redención de Dios y su preocupación por toda la humanidad. Ahora tenemos una traducción exacta de Mateo 27:46, uno de los versículos más difíciles de la Escritura, en la versión Reina Valera: "Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has dejado aquí?", "¿Para qué propósito me has salvado?" Para la gente que tiene ojos para ver y oídos para oír la respuesta es obvia.